

EL CARDENAL EN LAS NACIONES UNIDAS

CENTRO DE DOCUMENTACION
Vicaría de la Solidaridad

Documento N°	00618.00
Ingreso	
☐	C.1

Eran las seis y media del Lunes 11 de Diciembre^y ya estaba repleto el gran hall de la Asamblea General. Lentamente, dirigidos por el Presidente y el Secretario General, los premiados avanzaron hacia el proscenio que cubría el podium con paño verde, para tomar asiento enfrentando al público.

Hombres y mujeres de origen indio, africano, pakistano, árabe, negro, europeo y ^{un} latinoamericano, mostraban la universalidad de la lucha por los derechos humanos.

Lauren Bacall, la notable estrella del teatro, de rubio pelo, figura erguida y voz de contralto inspiradora, inició el acto leyendo el preámbulo de la Declaración de los Derechos Humanos. Uno a uno los laureados, personas e instituciones, representadas por cinco mujeres y tres hombres, fueron llamados para recibir sus premios y decir sus agradecimientos.

Fué una ceremonia solemne, como todas las de Naciones Unidas. Político y categórico fué el Príncipe Alí Khan; emotiva y triste Coretta Scott King, viuda de Martin Luther King; valiente la señora Helen Suzman, incansable y heroica luchadora en contra del apartheid sudafricano. Amnesty International, la institución que en pocos años ha levantado la conciencia mundial sobre la dignidad del hombre y denunciado los abusos donde ellos se produzcan, recibió un merecido premio. Uno a uno fueron recibiendo el homenaje del Secretario General y diciendo la esencia de su obra, con los aplausos de la masiva concurrencia.

/...

Finalmente fué llamado el Cardenal de Santiago. Una cerrada ovación lo saludó al levantarse. Su discurso, breve y claro, reivindicando la misión de la Iglesia, inspirado en el mensaje que Pablo Sexto había dictado desde esa misma tribuna 10 años antes y recordando el mandato dado por Bernardo O'Higgins, fué netamente chileno. Habló de Chile y de sus virtudes eternas: el derecho, la libertad, el respeto a la dignidad de las personas. Su voz sonó entera, profunda, vibrante y resuelta. No le hicieron falta los microfonos al Cardenal. Su mensaje de respeto a las Naciones Unidas y su definición de la esencia de lo que es Chile volvió a colocar el nombre de la Patria donde había estado desde el nacimiento de la organización mundial. Tenía que venir el Cardenal para recrear, en tres minutos, el pedestal que estaba desaparecido.

Su título para hablar no es político ni su cargo ministerial ó diplomático. Su derecho es de origen superior. Habló como Obispo de su pueblo, representó a su pueblo mejor que nadie lo había hecho antes en esa inmensa sala, especialmente a los que ya no tienen voz, a los que no pueden hablar, a los que han sufrido, a los que sufren, a los que esperan. Ante la comunidad de 150 naciones, el Cardenal de Santiago don Raúl Silva Henríquez, representó a la nación chilena con la máxima dignidad y la más rotunda legitimidad. Honor para Chile, después de tanta mentira y vergüenza. Honor para la Iglesia, honor para el Cardenal, honor para la Vicaría, la más notable pastoral creada por Iglesia nacional alguna, honor a su Vicario Cristián Precht, honor a su Secretario Ejecutivo, Javier Luis Egaña, presentes en el acto.

El Cardenal no había sido invitado como autoridad. No venía como Jefe de Estado. En la gran lucha mundial para que todo hombre tenga derecho a ser per-

/...

sona, había sido reconocido, con la Iglesia Chilena, como un adelantado, un líder natural. Treinta años atrás, la Declaración de los Derechos Humanos había sido proclamada en esa Sala en un acto desprovisto de ^{EMOCIÓN} ~~Derechos~~. Esta noche, los derechos humanos cobraron vida con el testimonio de mujeres y hombres eminentes venidos de todos los confines que demostraron como, por encima de las doctrinas, de la riqueza de unos y de la pobreza de otros, de los bloques y de las razas, una fuerza irresistible emerge de la conciencia de los pueblos, una gran ola comienza a rodar por el mundo, una nueva dimensión de la vida internacional que atropella las fronteras de los estados ha comenzado a imponerse, sin más armas que la verdad, la fuerza moral y la decisión de no dejarse atropellar.

En esta gran marcha que alumbra la aurora de un nuevo mundo algunos van al frente. Entre ellos un chileno, un Cardenal chileno, con sus hombres de la Vicaría de la Solidaridad, en un histórico reencuentro de la Iglesia y el Evangelio hecho acción con la humanidad que camina hacia la libertad, la justicia y la dignidad.

Después de la visita de Pablo Sexto, la Iglesia no había sido reconocida en las Naciones Unidas como lo fuera esta noche. Nunca antes había aquí dejado de ser la expresión respetada pero representativa de una minoría en el mundo. Ahora apareció inmersa en la gigantesca mayoría de los hombres y mujeres honestos de todos los continentes, de todo el mundo. La Iglesia chilena era señalada por la comunidad internacional como una roca firme en la defensa de los valores humanos permanentes y como uno de los arquitectos de una nueva civilización que tendrá que redimir al hombre de todas las opresiones.

/...

Una vez más, Chile, un pequeño y lejano país, singularizado en la persona del más eminente y digno de sus hijos, hablaba para el mundo y ante el mundo entero, reiterando la adhesión de su patria a los grandes valores y principios que en su historia la hicieron respetada. Por un momento se había suspendido el debate condenatorio de cinco años para dar paso a lo permanente, tranquilo, profundo, latente y emergente: la libertad, la justicia, la solidaridad, la paz. En pocos minutos, el Cardenal había colocado a Chile nuevamente entre los grandes, en un acto de supremo servicio, sencillo, como del que cumple su misión y al cumplirla es ejemplo, testimonio, guía y luz.

Gabriel Valdés

G.V.